

INTRODUCCIÓN

Un siglo crítico

Las décadas centrales del siglo XV estuvieron marcadas por la tensa situación política en Europa debida a las divisiones y enfrentamientos entre los soberanos de las distintas naciones cristianas, y a la amenaza del Imperio turco con su soberano el sultán Mehmet II al frente.

No obstante también hubo iniciativas que buscaban superar ese clima adverso: así las Iglesias de Oriente y Occidente pretendieron unirse en diversos concilios que culminaron con el de Ferrara (1438-1445); sin embargo, la intransigencia de los monjes griegos y la presión turca acabaron con esos intentos.

El 9 de mayo de 1453, pese a la tenaz defensa de bizantinos, genoveses y venecianos, el Turco había tomado Constantinopla, la capital del Imperio Romano de Oriente. Fue tal el impacto que produjo en el mundo occidental, que se puede considerar este hecho —en competencia con la hazaña de Colón— como el comienzo de la era moderna. Culturalmente, la caída de Constantinopla enriqueció a Occidente, pues, ante la amenaza otomana se produjo una enorme migración de doctos griegos que trajeron consigo sus conocimientos de la antigua cultura helena, dando un nuevo impulso al humanismo. Económicamente, al cerrarse el acceso al mar Negro, junto al dominio turco de Egipto y su capital Alejandría, se pierde la vía más directa hacia el comercio con la India o China. La consecuencia inmediata será el descubrimiento de América, en un intento de abrir una nueva ruta comercial a través del océano Atlántico¹: el Mediterráneo, después de muchos siglos, empieza a quedar en un segundo plano; el centro de gravedad geopolítico se desplaza hacia las naciones bañadas por el océano Atlántico.

¹ En la carta que dirige Eneas Silvio Piccolomini a Nicolás de Cusa, una vez ha caído la capital del imperio de Oriente, se ve un «analisi lucida e spietata della situazione che si è venuta a determinare con la caduta di Constantinopoli, cioè delle...i loro traffici con l'Oriente», según A. Pertusi (1976), pp. XXXIX-XL.

En el decenio siguiente, Europa oriental está en peligro: la región de Serbia ha sido conquistada por el Turco (1459) y la vecina Bosnia no tardará en correr la misma suerte (1463). Los últimos enclaves del cristianismo en el mar Negro, Sínope y Trebisonda -las Sinop y Trabzon de la actualidad-, caen en 1461.

El máximo responsable de la fe católica en esos momentos de crisis, el Papa Pío II, conocido en el siglo como Eneas Silvio Piccolomini, no confiaba excesivamente en la reacción de los reinos cristianos: en Francia Carlos VII (1422-1461) dilapidaba dinero y hombres en su enfrentamiento con Inglaterra y la recuperación de Normandía²; su hijo y sucesor, Luis XI (1461-1483) gastaba sus energías tratando de mantener la unidad y la estabilidad de Francia, devastada por la recién concluida guerra de los Cien Años. El Sacro Imperio Romano, ahora bajo el mando de Federico III (1440-1493), de la casa Habsburgo y de quien fue anteriormente secretario el propio Eneas³, ya tiene suficientes problemas porfiando territorialmente con Hungría, Polonia y Borgoña; además, no escapa a nadie su desinterés por los acontecimientos en Oriente⁴. Por su parte, la península ibérica sigue dividida en dos poderosos reinos, Castilla y Aragón, cada uno con diferentes objetivos: el primero, consolidar su hegemonía en la península y el segundo, conquistar el mercado mediterráneo. Finalmente, la península itálica presenta una constelación de pequeños reinos, ducados y marquesados en constante enfrentamiento los unos con los otros⁵, hasta el punto de que la propia Florencia esperaba

² *Europa*, 43. Para esta obra hemos consultado Eneas Silvio Piccolomini, *La Europa de mi tiempo (1405-1458)*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1998, volumen preparado por Francisco Socas.

³ Para referencias a su monumental autobiografía acudimos a la edición Pii II, *Commentarii rerum memorabilium que temporibus suis contingerunt, ad codicum fidem nunc primum editi ab Adriano van Heck*, 2 vols. (Studi e Testi 312-313), Ciudad del Vaticano, 1984 I, 13, pp. 54-55. A partir de ahora citada *Comm.* simplemente.

⁴ Así, cuando la caída de Constantinopla llega a oídos de Federico, «deseando borrar tan infame mancha, produce una mayor, pues deja sin terminar lo que empieza: convoca a los cristianos a un asamblea a la que él mismo no acude» (*Comm.*, I, 26, p. 81).

⁵ En su *Oratio contra Turcos* lágrimas de tristeza y, tal vez, de impotencia derrama nuestro Papa cuando reclama la ayuda de los príncipes cristianos. Sólo convence a los cardenales que escuchan su alegato, pues *neque imperator neque rex Franciae neque princeps alius eo superior in turcos proferre arma apposuit animum*. En otro sitio se dolía de nuevo de la actitud de los soberanos europeos: *surdae... nostrum principum aures fuere, caeci oculi, qui, cadente Graecia, ruituram Christianae religionis reliquam partem non viderunt, quanvis privatis quemquam aut odiis commoditatibus occupatum, salutem publicam neglexisse magis crediderim* (Aeneae Sylvii Piccolominei Senensis, *Opera quae extant omnia*, Basilea, 1551 401A, a partir de aquí *Op. Om.*).

que Venecia, en su guerra con el Turco, se debilitara; a su vez los venecianos firmaban un tratado de paz con el imperio asiático⁶: la defensa de la fe cristiana y de la unidad europea no importaba mucho a los príncipes cristianos⁷. En la dieta de Mantua, convocada por Pío II en 1459 con la intención de formar una coalición cruzada, la desidia de los reinos más alejados del peligro turco, los intereses comerciales venecianos y la estudiantada inacción de Federico III acabaron con la asamblea y con un papa desesperado y ya enfermo.

Pío II

Eneas Silvio Piccolomini pertenece, en primer lugar, a la historia de la Iglesia católica y, en segundo, a la del humanismo⁸. Y es que en esos dos grandes campos fue donde nuestro personaje nacido en Siena (1405-1464) desarrolló sus grandes dotes intelectuales. Desde muy joven disfrutó de una educación en literatura greco-latina –aunque en realidad aprendió poco griego–, y ya a los 26 años era secretario del cardenal Domenico Capranica, obispo de Fermo. Hasta 1446, cuando es ordenado sacerdote, llevó una vida de lo más agitada: fue secretario de importantes personajes, incluidos el antipapa Félix V y el emperador Federico III, actuó como embajador en las lejanas e inhóspitas tierras de Escocia, y perteneció al bando conciliarista de Basilea para pasar luego a mediar entre ellos y el Papa Eugenio IV. La carrera de Eneas Silvio dentro de la Iglesia fue meteórica: ocupó en poco tiempo los obispados de Trieste (1447) y Siena (1449), para luego desempeñar el cargo de cardenal de Santa Sabina en 1455; finalmente, en

⁶ Así lo expresa el propio Pío II en sus memorias (*Comm.*, II 16 pp. 132-133).

⁷ E. Garin (1967), p. 34.

⁸ Pius II (Aeneas Silvius Piccolomini), *Epistula ad Mahumetem. Lettera a Maometto II. L'idea umanistica nella sua sintesi più alta. Traduzione, introduzione e testo a cura di G. Toffanin* (Collezione umanistica VIII), Nápoles, 1953, p. X. Es esta la primera edición moderna de la carta. Más recientemente aparece la de A. R. Baca: Aeneas Silvio Piccolomini, *Epistola ad Mahomatem II (Epistle to Mohammed II)*, Edited with translation, and notes by A. R. Baca (American University Studies II 127), Berna-Frankfurt/Main-N.York, 1990. En las últimas fechas a la conclusión de mi edición ha llegado a nuestras manos una nueva edición de la carta, R. F. Gleis y M. Köhler, Pius II. *Papa Epistola ad Mahumetem*, Band 50, (Tréveris 2001). No hemos tenido lamentablemente mucho tiempo para estudiarlo, pero sí podemos decir que es un trabajo exhaustivo y excelente que ha colacionado casi todos los manuscritos conocidos de la obra, así como las ediciones incunables.

agosto de 1458, a la muerte de Calixto III, es elegido Papa, con el nombre de Pío II⁹. Su papado se caracterizó por el afán en organizar una cruzada contra el Turco, que nunca vio cumplida, pues murió en Ancona un 15 de agosto de 1464, mientras aguardaba la escuadra de guerra prometida por los venecianos para embarcar la futura cruzada¹⁰.

Su extensa labor humanística y literaria abarcó obras que no dejaban entrever el futuro sacerdotal del “piadoso” Eneas, como la comedia *Crisis* o la novelita sentimental *Historia de duobus amantibus*. Fue autor de una extensa producción epistolar, tocó temas de retórica, e incluso escribió una cosmografía de Europa y Asia muy influyente en su tiempo —el propio Cristóbal Colón estudió y anotó esta última. Su obra definitiva son sus *Comentarii*, en los que intentó dejar un recordatorio monumental de su vida y de sus acciones¹¹.

Mehmet el Conquistador

Mehmet II pasó a la historia por ser el hombre que acabó definitivamente con los últimos restos del imperio romano de Oriente al tomar la ciudad de Constantinopla en 1453. Pero ya antes la fama de su poder era enorme y todo el Occidente cristiano temía sus ejércitos y su arte militar. Su misteriosa personalidad atraía a los habitantes de Europa, incluido al propio Eneas Silvio, hasta el punto que se le conferían rasgos que recordaban al Jugurta de Salustio o al Aníbal de Livio, confiriéndole cierta grandeza¹², y

⁹ Demostraba, al tomar este nombre de una cita virgiliana, su doble vertiente intelectual y religiosa. *Sum pius Aeneas...fama super aethera notus* (*Aen.* I, 378-379).

¹⁰ Piccolomini siempre vio un peligro real e inminente en las acciones de Mehmet II: desde que cae Constantinopla, el futuro Papa teme que Italia se convierta en objetivo del soberano turco. Así lo expresaba en una carta fechada en septiembre de 1453 y dirigida a Leonardo Benvoglianti (A. Pertusi [1976], p. XLV). No es de extrañar por tanto su “obsesión” por organizar una cruzada que acabara con ese peligro. La bibliografía más extensa y documentada de nuestro papa es obra de G. Voigt, *Enea Silvio de' Piccolomini als Papst Pius der Zweite, und sein Zeitalter*, Berlín, 1892, 3 vols. También destacan las biografías de G. Paparelli, *Enea Silvio Piccolomini (Pio II)*, Bari, 1950 y de C. Ugurgieri della Berardenga, *Pio II Piccolomini con notizie su Pio III e altri membri della famiglia*, Florencia, 1973, especialmente pp. 443-450.

¹¹ Son numerosas las obras que tratan la vida de nuestro Papa, desde la monumental biografía de G. Voigt, *Enea Silvio de' Piccolomini als Papst Pius der Zweite, und sein Zeitalter*, Berlín, G. Reimer, 1892, 3 vols., hasta la somera realizada por E. Garin, *Ritratti di Humanisti*, Florencia, 1967, pp. 9-39.

¹² F. Gaeta (1965), p. 153.

atrayendo hacia su persona inevitables sentimientos de admiración, a pesar del miedo y el odio que suscitaba¹³.

Según Babinger¹⁴, la madre sería con probabilidad una esclava cristiana o judía, y es seguro que veneraba ciertas reliquias cristianas. Estas noticias, sumadas a la lejanía de su procedencia y enriquecidas con leyendas a través de sus transmisores, convertían al sultán en un personaje misterioso y ambiguo religiosamente hablando¹⁵. También había informaciones de que

¹³ A. Pertusi (1976), pp. XVI-XVII, menciona que «nasce negli umanisti italiani il desiderio di essaltare le imprese e le vittorie e di farne un personaggio epico», en referencia a Mehmet II. Son retratos cortesanos que buscan obtener ventajas por posibles favores o mostrar agradecimiento por dichos favores. Pertusi pone como ejemplos a Jorge de Trebisonda que elogia desmedidamente al soberano turco, a Jorge Ameruzes, a Ciriaco de Pizzicolli, a Jacobo di Gaeta e, incluso, al propio Francisco Filelfo, al hijo de este, por no mencionar a Critobulo de Imbros. Pero junto a esta corriente, digamos, filoturca, hubo otra antiturca que consideraba a Mehmet II un instrumento del diablo o lo comparaban con Aníbal, Filipo, Jerjes, Dario, Pirro o Calígula, como indica J. Hankins (1995), p. 143.

¹⁴ F. Babinger (1968), p. 4.

¹⁵ En la misiva, Pío II no tiene reparos en afirmar que *tua origo...Scythica est* (59.5). Esta puede ser otra de las razones que inciten a creer a nuestro Papa en la idea de convertir a Mehmet II, pues no sería –en palabras del sienés– igual a los *Aegyptii effeminati aut imbelles Arabes* (LIX. 4). Para una descripción más detallada por parte de nuestro Papa sobre el origen de los turcos podemos acudir a E. S. Piccolomini (Papa Pío II), *Descripción de Asia*, volumen preparado por F. Socas, Biblioteca de Colón III, Madrid, 1992, pp. 251-258. Las fuentes de donde toma Pío II su información son muy bien estudiadas en M. Meserve, “Medieval Sources for Renaissance Theories on the Origins of the Ottoman Turks”, en B. Guthmüller y W. Kühnmann eds., *Europa und die Turken in der Renaissance*, 2000, pp. 409-436. Según este autor, ya desde el s. VII se identificaba a los turcos con un pueblo (los *Torqui*, *Torchi* o *Turchi*) que habría escapado a la destrucción de Troya, asentándose en un área que abarcaría el Danubio y el mar Báltico. Esta identificación fue fácilmente asumida por los historiadores europeos del Renacimiento. Al temer que la identificación turcos-trojanos pudiera dar a los primeros una posibilidad de legitimar la ocupación de Bizancio y otras regiones cercanas, se buscó a finales del s. XV una información con mayor base histórica sobre el origen de los turcos otomanos. Se llegó a la conclusión de que eran escitas, nómadas salvajes procedentes del montañoso Cáucaso, a la sazón bárbaros. Era lógico, por tanto, que los turcos del s. XV mostraran un «inhuman behaviour», si tenían este origen (pp. 410-411). Pío II se adhirió a esta tesis de la procedencia escita de los turcos, que habrían entrado por el Cáucaso, tomando como fuentes a Ético Istrio y Otón de Frisinga. Sin embargo, Ético probablemente identifica a los turcos con el pueblo túrquico de los *kazares*, que no tendrían nada que ver con los turcos otomanos (pp. 424-425) y, por su parte, Otón nombraba a los turcos basándose en una cita corrompida de una obra del historiador bizantino Teófanos Confesor (c. 755-818) (pp. 426-427). Sobre la polémica acerca del origen de los turcos y las diferentes maneras con que los humanistas se referían a ellos, ver también J. Hankins (1995), pp. 135-144; especialmente interesante en este artículo es la edición de la réplica poética de un pseudo-Mehmet II a un poema de Pío II que le declaraba la guerra y negaba el origen “trojan” de los turcos (pp. 206-207).

Mehmet II era bastante tolerante con los cristianos¹⁶. Para Pío II, la posibilidad de atraer a Mehmet II se debía a una posible irreligiosidad de este¹⁷, o más bien a una cierta indiferencia. Piccolomini le presenta la conversión como una iniciativa que reportaría a sus intereses políticos muchos beneficios.

La carta a Mehmet

La *Epistula ad Mahumetem* fue uno de los escritos más famosos del Papa Pío II¹⁸. Su contenido y, sobre todo, su intención han dado pie a numerosas especulaciones a lo largo de los siglos, ninguna de las cuales nos parece completamente satisfactoria¹⁹. Un texto escurridizo que no tanto formaría parte de la historia política del siglo XV, como de la historia de la literatura²⁰, un monólogo que no parece buscar respuesta y que refleja el sueño de Piccolomini²¹. El propio Pío II no hace mención alguna de esta misiva en sus *Commentarii*, tal vez porque deseaba dejar en su biografía un recuerdo de él mismo como papa de la cruzada que no casaba con un escrito como el que nos ocupa. Tampoco fue enviado a su destinatario²². Para Brezzi²³ la *Epistula* no era fruto de la ingenuidad de Pío II. La misiva también se ha considerado un «evidente cambio táctico», enmarcado entre el final del congreso de Mantua (enero de 1460) y la nueva cruzada impulsada por Pío II (marzo de 1462),

¹⁶ F. Babinger (1967), p. 451.

¹⁷ F. Babinger (1968), p. 5.

¹⁸ Sólo en el catálogo de F. García Craviotto (1990), pp. 99-100 encontramos seis ejemplares únicamente con la carta.

¹⁹ F. Gaeta (1965), pp. 178-184.

²⁰ Paparelli (1950), p. 322.

²¹ F. Gaeta (1968), p. 185. Según A. Musumeci (1991), pp. 375-376, una carta crea una ficción fundamental: una falsa conversación, un pretendido diálogo que es en realidad un monólogo. Su verdadera finalidad es construir un texto, decir algo y ser creído. Tal vez Pío II proclame con su misiva al sultán su enorme fe en el poder de la carta como medio de contacto y persuasión. Tal vez la mente de Piccolomini encontraba por medio del género epistolar «la forma più efficace all'espressione del proprio pensiero».

²² G. Bernetti (1971), p. 20 opina que Pío II pretende que la carta sea leída por los príncipes cristianos para hacerlos reaccionar. C. Ugurgieri della Berardenga (1973), p. 486, la considera «un atto politico però, il cui destinatario non era il sultano».

²³ Según P. Brezzi (1979), p. 182 con este escrito «dotato di vigilie e scaltro oportunismo diplomatico, quindi tentò questa strada sperando, se non di smuovere il destinatario, di colpire l'animo dei principi cristiani, di poter avere come alleati tutti gli spiriti nutriti di dottrina classica e cristiana».

representando «ein Intermezzo unkonventionellen Nachdenkens²⁴». F. Babinger²⁵ no deja de sorprenderse de que la misiva tuviera gran éxito a la hora de publicarse, pero siempre después de morir el papa sienés e, incluso, hubo algunas ediciones después de la muerte del sultán (1481). ¿Qué objetivo tenía continuar editando la carta? Tal vez, como pensaba Hans Prutz (1843-1929), la carta sirviese como una especie de amenaza contra el Emperador Federico III, un dirigente débil y poco dado al riesgo. La idea pudo venir de un personaje misterioso, Gerardo di Lisa di Fiandra, editor del ejemplar trevisano de agosto de 1475, que tal vez, como supone Prutz, debería identificarse con Gerard des Champs, «crociato e favorito di Pio II».

Tanto el contenido de la carta como la intención no responden fácilmente a la personalidad de nuestro Papa: a lo largo de la misiva se demuestra un conocimiento de puntos concretos de teología cristiana y de pasajes de El Corán y de otros relatos islámicos que no parecen ser propios del sienés; y es que la previsible intención de la carta -convertir al soberano turco al cristianismo y terminar de manera pacífica con el conflicto entre aquel y los reinos europeos- no responde a los primitivos planes de Eneas Silvio, obsesionado desde muy temprano con realizar una cruzada salvadora²⁶. De todos modos, este intento de convertir a un caudillo arrastrando con ello a su pueblo ya había sido probado con éxito -por ejemplo con el emperador Constantino o el visigodo Recaredo-, aunque no con una religión tan fuerte ideológicamente como la islámica. Por otro lado, en la carta hay muchas veladas amenazas de emplear la fuerza y la superioridad armada cristiana.

La carta que nos ocupa se ha considerado un escrito enigmático²⁷, desconcertante²⁸ y paradójico²⁹, una iniciativa política de ingenuo idealis-

²⁴ J. Helmrath (2000), pp. 126-127. En todo caso la carta se puede considerar «als Zeichen einer erstaunlichen Flexibilität des Denkens».

²⁵ F. Babinger (1968), p. 11.

²⁶ Según F. Gaeta (1965), p. 148, cuando Mehmet II entra en Constantinopla las cartas de Eneas Silvio son documentos «nei quali l'opposizione tra Cristianesimo e Islam è affermata e sottolineata perentoriamente, nella forma più drastica e radicale», y donde se adivina la «necesità d'una lotta armata contro il Turco». Su obsesión continuó: en octubre de 1458, pocos meses después de subir al trono de Pedro, lanzó su elocuente bula *Vocavit nos Pius*, convocando a los príncipes cristianos al congreso de Mantua. Así lo leemos también en sus *Commentarii* II, 1, p. 113: *Atque inter omnis curas, quae animum eius [sc. Pii II] invasere, nulla maior fuit quam ut in Turcos excitare Christianos posset atque his bellum inferre*, nos dice nuestro Papa nada más llegar al trono de Pedro.

²⁷ Así la definen G. Toffanin (1953), p. X y más tarde J.-C. Margolin (1991), p. 243.

²⁸ E. Garin, (1967), p. 33.

²⁹ Así lo considera A. S. Atiya, citado por F. Gaeta (1965), p. 180, que repasa además otras interpretaciones que se han dado a la carta, no poniéndose de acuerdo los estudiosos sobre

mo³⁰. ¿Qué pudo justificar por tanto la decisión de escribirla? La segunda mitad del siglo XV es un momento, por decirlo así, de inflexión en la historia –y así lo consideraban los grandes personajes de la época–, pues de nuevo Occidente se veía amenazado por un peligro proveniente de Asia, aunque esta vez ese peligro parecía mayor: la capital del Imperio Romano de Oriente había caído definitivamente. Los bizantinos podían ser considerados despectivamente unos “grecanos” o unos “herejes”, pero también eran un baluarte de la cristiandad frente al peligro turco. A ello se sumaba que el ideal de cruzada que caracteriza la época medieval había casi desaparecido, incluso parecía que la Iglesia había perdido su crédito moral³¹. Por ello, ante esta crítica y novísima situación, cualquier solución puede ser aceptada.

Si analizamos exclusivamente el contenido de la carta, no vamos a obtener respuesta a qué razones empujaron a Pío II a escribirla, pero podemos valorar otros aspectos. Nos encontramos con un procedimiento retórico exhortativo³²: *Accipe quae scribimus in bonam partem et usque in finem patienter audi:...*(1.1), *audi quo tendimus* (2.1), *audi ergo verum circa religionem* (26.1); y a la vez persuasivo, a saber, para resaltar el provecho de cambiar de conducta, de modo que el soberano turco alcance la salvación espiritual (*salus*) y el poder terrenal (*gloria*) y que con ello innumerables gentes vivan en paz: *Scripturi ad te aliqua pro tua salute et gloria proque communi multarum gentium consolatione et pace,...*(1.1); *...quod ad scribendum compulit tuamque gloriam et tuam salutem...* (7.1). La cuestión de la *salus* y la *gloria* de Mehmet II es recurrente a lo largo de la carta y, cuando nuestro pontífice establece una escala de valores, es a la primera a la que concede mayor importancia -cap. 18, 22 y 59, por ejemplo-, convirtiendo en capital la cuestión de la salvación del alma mediante el bautismo (*pauxillum aquae*) y la fe. No de otro modo se explica que la exposición del cuerpo doctrinal cristiano o la confutación de los errores del Islam ocupen un espacio

la intención última de nuestro Papa. A ello se añade, como ya hemos dicho, que el propio Pío II no la menciona en ningún momento en sus *Commentarii*.

³⁰ V. Cantarino (1992), p. 249.

³¹ *Comm.* VII, 16, p. 461: *si legatos mittimus qui regum auxilia petant, deridentur; si decimas imponimus clero, appellatur futurum concilium; si promulgamus indulgentias, et pecunias conferentes donis spiritualibus invitamus, avaritia coarguitur; corrodendi auri causa cuncta fieri creduntur. Nemo fidem habet verbis nostris.*

³² De la misma opinión es J.-C. Margolin (1991) p. 255. En este trabajo encontramos un somero pero atinado estudio de los procedimientos retóricos que Pío II utiliza en la carta. Ya Boulting (1908) p. 340, reconocía que la carta era «a work of consummate power and close argument».

mucho mayor que las complejas disposiciones de un mapa político en caso de que Mehmet II se convirtiera en paladín de la cristiandad³³. Alcanzando esos dos objetivos, el soberano turco igualará su incontestable poderío militar con una superioridad moral e intelectual, por decirlo así, gracias al apoyo de siglos de cultura clásica y cristiana (cap. 82 y 83). Según P. Brezzi, el texto demuestra la convicción de Pío II en que el espíritu triunfará sobre la fuerza bruta³⁴; así lo dice en un momento dado: *Non sunt Christiani qui vel bello superari possint vel disputationibus decipi, quando et armis excellunt et rationibus munitissimi sunt, non solum divinae scripturae, sed etiam philosophicae* (10.2.). ¿Ha desaparecido el espíritu cruzado de Eneas?

Era un cardenal de Pío II e íntimo amigo suyo, Nicolás de Cusa, de origen germano, el que mantenía una posición “irénica”, es decir, una actitud conciliadora y de acercamiento con el mundo árabe y la religión mahometana, que se resume en *De pace fidei*, una obra que se encuentra «tra l’utopico e la filosofia della storia» y que se compone una vez se conoce la caída de Constantinopla, creando un paralelismo perfecto con *De civitate Dei*, escrita cuando se conoció que Alarico había tomado Roma en 410³⁵. Esta actitud pacifista y reconciliadora no era algo raro entre los grandes personajes de la época, incluso en el medievo encontramos ya ejemplos como el de Ramón Llull³⁶.

³³ Es lógico este desequilibrio de esfuerzos. Como dice J.-C. Margolin (1991) pp. 253-254, al principio, Pío II juega una especie de partida diplomática valiéndose de “faroles” más o menos efectivos sobre la fuerza de los reinos cristianos y particularmente los italianos, pero llega un momento en el que ha de dar un salto cualitativo, del campo psicológico y político al de la fe, o sea, dar a conocer su *credo* y a su vez menospreciar la religión musulmana. Misivas de carácter semejante enviaron a caudillos infieles papas como Inocencio IV en 1245 o Urbano IV en 1268. En el siglo XIII encontramos ejemplos de cartas con una más completa exposición de la fe cristiana por parte de Juan XXII en 1329 o Benedicto XII en 1338, pero en ellas no encontramos la necesidad de refutar los preceptos de una religión “rival”, sino de mostrar los elementos que caracterizan las creencias católicas. Todo esto se detalla en J. Richards, *Croisés, missionnaires et voyageurs*, Londres, 1983 (esp. pp. 259-260 y 262).

³⁴ P. Brezzi (1991), p. 271.

³⁵ P. Brezzi (1991), p. 266.

³⁶ Desde el siglo XIII se conocen intentos de convertir a soberanos asiáticos a la fe cristiana, sobre todo los protagonizados por el papado de Avignon. Nombres propios, además de Llull, son los de Guillermo de Trípoli o Ricoldo de Montecroce. Según G. Schnürer (1938), pp. 528-529, Ramón Llull, en su libro de meditaciones, del que no tenemos más referencia, considera que son superiores a los caballeros mundanos los caballeros celestiales, armados no con hierro y madera, sino con amor, paciencia y verdad entre otros bienes. Es con amor, oraciones y abundantes lágrimas como, piensa él, se conquistarán las naciones paganas. Sobre las obras de Ramón Llull, Guillermo de Trípoli y Ricoldo de Montecroce, y estudios sobre estos personajes *vid.* L. Hagemann (1980).